



MASONERIA Y EL CONCEPTO INICIATICO

“Dijo Jesús: que quien busca, no debe dejar de buscar hasta tanto que encuentre. Y cuando encuentre, se estremecerá, y tras su turbación, se llenará de admiración, reinará sobre el universo y hallará el reposo.”

(Evangelio apócrifo de Tomás, Logion nº 2 – Nag Hamadi)

Si no me equivoco, todo proceso iniciático pretende situar al neófito en condiciones de afrontar una realidad presumiblemente superior, que rompa con los esquemas de su realidad cotidiana y cultural. En ese despertar lúcido, que fractura los esquemas por los que habitualmente nos guiamos, se produce una necesaria disociación entre el conocimiento racional y el que se alcanza a través de una determinada forma de iniciación.

La sucesión de causas y efectos racionales que nos orientan por el mundo y que nos sirven para desenvolvernos ante nuestros semejantes, afrontando con la mayor lucidez posible las bonanzas y adversidades que se nos plantean, queda interrumpida, de modo que el neófito alcanza una realidad desprovista de referentes, regida por un barroco conjunto de símbolos, usos y costumbres, desconocidos para él y para la mayoría.

El mundo que concebimos con los esquemas mentales que presiden nuestros comportamientos, y que condicionan nuestros conocimientos, se compone de un conjunto de impresiones y fenómenos que sólo pueden ser desentrañados mediante el ejercicio de los mecanismos racionales. Sólo existe y se considera veraz, aquello que se puede analizar, explicar y repetir a voluntad, de modo que una vez descubiertas sus causas, se puedan dominar los efectos.

Desde esta perspectiva, ningún espacio habría de quedar para la percepción intuitiva, intuitiva o trascendente, pues el proceso de racionalización que se nos impone, resulta ineficaz ante tales retos: es materialmente imposible desentrañar sus causas para dominar los efectos, al menos de una manera sistemática.

En cambio, los procesos iniciáticos suponen una inmersión en realidades carentes de existencia real, compuestas de fenómenos intangibles, experiencias en las que el iniciado abandona toda pretensión de dominio, retornando hacia un punto remoto de la percepción humana, hacia una forma de conocimiento que le religa a su esencia alejándole, a su vez, de los estrictos parámetros mentales de los esquemas de conducta predeterminados.

Es posible, incluso frecuente, contemplar cómo se alude al concepto iniciático para identificar otras realidades humanas que implican un cambio o tránsito de ciclo vital o cultural, aun cuando estos pudieran estar ritualizados, como ha sido costumbre en tribus y poblamientos a lo largo y ancho del mundo.

De este modo, puede resultar fácil incurrir en el error de considerar los ritos de tránsito de la niñez a la pubertad o de la condición de púber a adulto o guerrero, como procesos iniciáticos cuando, en estricto sentido, no se produce un desdoblamiento entre el plano vital y el sagrado, ni una ruptura espiritual: la crisálida vuela en el mismo aire donde antes respiraba la vaina. Nada de esto nos concita aquí, pues con la iniciación se pretende retornar a la noche primordial, y atravesar las pruebas ritualizadas, equivale a una cosmogonía.

La muerte iniciática reitera el retorno ejemplar al caos primordial, de tal modo que hace posible la repetición de la cosmogonía, la preparación del nuevo nacimiento. Se produce una crisis que pretende la desintegración de la personalidad del neófito o su desmembración y reencarnación simbólica y, este caos psíquico, es el indicio de que la humanidad profana está disolviéndose y que una nueva personalidad está a punto de nacer, preparada para acceder a un plano trascendente y espiritual que se encuentra más allá de la percepción racional.

La iniciación es una experiencia individual, única e intransferible, y no existe una senda marcada sino lugares comunes.

La experiencia que sugiere la iniciación sólo puede ser captada desde los estadios de la conciencia y, la negación de la experiencia racional que este proceso conlleva, supone una suerte de identificación con la muerte ritual. De este modo, para alcanzar simbólicamente la visión profunda de la realidad, hay que comenzar matando de forma simbólica las apariencias sobre las que se asienta la vida convencional, hasta construir desde la nada un nuevo paradigma existencial que en ningún caso podría edificarse sobre esquemas inservibles. Desde la muerte, desde la profunda soledad del abandono, se penetra en un universo lúcido que aspira a conocer las verdades trascendentes y, el espíritu que renace, que empieza a reconstruirse sobre estos sillares de luz pulida, pretende ser perceptor de la experiencia de lo absoluto.

Este nuevo nacimiento no puede ocurrir en cualquier sitio ni de cualquier manera, sino que debe celebrarse en un espacio y tiempo "distinto", "separado" del mundo profano; es decir, en un Templo: en un espacio y en un tiempo sagrado o sacralizado por el ritual. Recordemos que la expresión "Templo", procede el griego "Temno", que significa "Yo separo", y que el "Temenos" suponía para ellos una parte sagrada el espacio cósmico.

El ritual, en una primera aproximación, libera la conciencia y permite al iniciado alcanzar lo numinoso, prescindiendo de forma premeditada de toda explicación racional. Cada acto, cada variante y cada circunstancia concreta de la ceremonia, contiene un mensaje trascendente y el conocimiento de ese mensaje, y no su mera asunción visceral, supone el verdadero motor de la transmutación. A partir de este punto, el proceso iniciático equilibra razón e intuición e involucra al individuo en un mundo simbólico, sagrado y, a la vez, lógico, donde se convierte en protagonista y beneficiario de todo cuanto el rito le revela, haciéndole participar de ambos mundos, convirtiéndole en un eje que une dos esferas separadas.

Cuatro son los viajes de la Iniciación masónica y cuatro los elementos que los identifican, pues en el quinto ya aparece el individuo transformado. El neófito es desmembrado o descompuesto de forma simbólica a partir de los cuatro elementos que conformaban, para el mundo antiguo, todo lo existente - "Tierra, Agua, Fuego, Aire" - para renacer como un nuevo individuo: son innegables los ecos de la tradición chamánica universal en esta forma de iniciación.

Cada una de las etapas sucesivas del viaje iniciático, habrá de suponer para el iniciado una lección que le prepara para la siguiente jornada, que sólo podrá ser debidamente asimilada en función del conocimiento de las anteriores. El lugar de destino - si fuera posible llamarlo así - es a la vez la suma de las experiencias vividas como el propio proceso: una suerte de búsqueda artúrica donde el sujeto que inicia el viaje es diametralmente diferente del que lo concluye, si es que es cabe concluirlo en algún momento.

El viaje iniciático, muestra una cartografía simbólica con contenidos repletos de trascendencia, que transforma a su intérprete a la vez que va descifrando su significado. Es un camino viviente que, en ningún caso es susceptible de ser reducido a una idea, y que implica un

esfuerzo en progreso, una acción de transformación en pos de una esperanza de Luz y de Verdad, pues como dijo Baudelaire “nuestra alma es un velero de tres palos que busca a su Icaro”.

El viaje iniciático también pretende mostrar que, en esencia, todo hombre, toda mujer, es un ser separado del mundo y de los demás, porque está separado de sí mismo. De este modo, el nuevo Ser nace con la certeza de la necesidad de descubrir el mundo que le rodea, descubriéndose a sí mismo, y nos desvela que no puede haber vida humana plena si ésta carece de sentido, del legítimo intento de búsqueda de conocimiento del Ser, donde habrá de quedar restituida una dignidad profundamente confundida por las apariencias y los disfraces sociales: para descubrir, en suma, la dimensión vertical o trascendente que nos define y constituye.

Habrà de buscar el iniciado, dentro de su corazón, la figura del semazen derviche e imaginar que su alma gira tan vertiginosamente como la del danzante que nada guarda para sí... Habrà de transformar el iniciado la materia con el espíritu de abnegación de Prometeo, con “su poder de invención y la destreza de sus manos”.

Germán V.·. D.·. – MM.·.

-